

El pacifismo militante de Pío Gil¹

No pasarán muchos meses sin que sean conocidas integralmente las “páginas inéditas” que sobre la guerra escribió Pío Gil en el París de 1917, mientras corría entre balnearios españoles que le curaran la dispepsia y la neurastenia y una Casa de Salud donde la vejez, la soledad del exilado y la insensatez de una guerra fueran abriéndole pausadamente las puertas de la muerte.

En Morantes había un pensador que el libelista se empeñó en matar. Venezuela da cuartel pero no paz, y la Venezuela de Castro y Gómez fue oscuramente extremista al respecto. O la literatura pitiminí, confidencial y marmórea de Díaz Rodríguez, o el panfleto y el periodismo novelado de Pocaterra y Pío Gil. Puestos a escribir memorias sobre la decadencia de un país que no tuvo auge y a desgarrar los disfraces del felicitador y el autócrata, Pocaterra y Pío Gil testaron a favor de Venezuela un cuadro de época. Lápiz de Daumier escondido en La Rotunda o en el fondo de la conciencia, pasión huguesa al estilo de “Napoleón el Pequeño” y un largo y encadenado resentimiento contra los Generales que entraban a caballo al Palacio Presidencial, esta literatura vale por estadística moral del país, por dolor del pasado, por el no-poder-hacer-otra-cosa.

Cambia Pío Gil el estilo, que ya no es de panfleto, y el nivel de la densidad del pensamiento, que ya no es puramente local, cuando escribe sus “páginas sobre la

¹ Garbán, Martín. *El Nacional* 19 de mayo de 1965

guerra”, cuya primera muestra dio a conocer la “Revista Nacional de Cultura”, en sus números 20 y 21, correspondientes al año 40, también fecha de guerra, más devastadora y necia aún que la primera. El pacifismo de Pío Gil está meditado en estas páginas y acumula la ventaja de no ser solamente una verdad de corazón sino también una verdad de razón. Menos amoroso de la palabra, Pío Gil traba aquí conocimiento con el acto de la reflexión. Era la época de Jaurés, de Nicolai, de los manifiestos “al margen de la pelea” y hasta del pacifismo bobalicón que apelaba a los buenos sentimientos mientras el pacifismo glotón que comenzó en editoriales de diario socialista se comía las sobras del belicismo y de la “Patria en peligro” para darle paso al Duce.

En el cogollo de Europa y bien enterado de las discusiones sobre el origen del conflicto del 14, Pío Gil no cometió la debilidad de darle una explicación teosófica a la guerra. Madame Blavatsky y los comentaristas de la revista *Quarterly* habían puesto de moda la tesis de que la Gran Guerra representaba la lucha suprema entre la Logia Blanca y la Logia Negra, y este oposicionismo simplista había sido recogido en las páginas de *Dharma*, la revista venezolana que dirigían Domínguez Acosta y Rafael Villavicencio. Domínguez Acosta fue a parar a La Rotunda precisamente por hacerse eco de un pacifismo teosófico que no cuadraba dentro de la germanofilia del General Gómez.

Con claridad de pensamiento, Pío Gil asienta que ninguno de los dos bloques beligerantes podía ser ungido como campeón de Ormuz y que resultaba de una candidez celestial suponer que cualquiera de los contendores luchaba por imponer la

justicia. “La lucha entre los hombres continuaría al día siguiente de firmada la Paz” y quien esto vaticinaba predecía a su modo el surgimiento de los fascismos tras el Pacto de Versalles y el recrudecimiento de las dictaduras tras el fracaso de las democracias.

Que la de 1914 fue guerra por un nuevo reparto del mundo, ya está comprobado. Sobre los cadáveres de las trincheras surgieron el genio de Apollinaire y el endiosamiento del dólar, pero también la reubicación de las colonias y la sorpresa más grande de los siglos, la instauración del socialismo en la sexta parte del mundo. Pío Gil, en estas páginas no tuvo tiempo de darnos su impresión sobre el bolcheviquismo, aunque otro venezolano, metido él en los ejércitos contendores y sable en mano por las tierras de Lawrence de Arabia, si logró ofrecer un testimonio. Fue el General Nogales Méndez.

De la guerra del 14, Pío Gil dijo más. Cuando hoy en Santo Domingo las hazañas de Ted Roosevelt son reeditadas, bueno es recordar cómo Pío Gil no cayó en la trampa de las excusas belicistas: “El ex-presidente Roosevelt - precisa- sostiene que en caso de conflicto entre la paz y la justicia, los hombres honrados deben ponerse al lado de la justicia y vocea contra la violación de Bélgica, olvidado de la usurpación de Panamá y de la violación de Cuba”. Y no se crea que Pío hacía una frase mañanera sobre Roosevelt. En el mismo trabajo afirmaba que el camino de la perfección estaba bordeado por el sudor de los perseguidos y de los trabajadores, “no por los charlatanes épicos, bien sean César o Roosevelt”. Y párrafos más atrás había discernido con extraordinaria belleza entre las guerras que entrañaban justicia y las que -como la del 14- equivalían a matanza inútil, o las que, como las coloniales, no

servían más que para “consolidar la posesión” o “el predominio industrial o mercantil”.

Parece extraño que un venezolano llegara a tal extremo de claridad y que lograra fijar el contorno de lo que después y antes los clásicos revolucionarios han llamado “guerra de liberación”. Pío Gil veía una honda justicia en este tipo de guerra: “La oposición de los indios de América a la conquista española, la rebeldía de España contra las invasiones árabe y napoleónica, la de Egipto y Transvaal contra el yugo inglés, la de Abisinia y Tripolitana contra la anexión italiana, la de Marruecos contra la colonización francesa” son guerras justas y están dirigidas a la conquista de la libertad.

Esperamos impacientes la edición de la obra de Pío Gil. Y sentimos orgullo al leer cómo un venezolano, hasta ahora tenido como panfletista y nada más, penetró tan hondo en la sociología de la guerra como para llamar, en pleno 1917, a la entonces: “Guerra de estómagos y de bolsas”, “de los piratas por el reparto de la presa, de los bandoleros por la distribución del botín”, “de los capitalistas por la conservación de sus millones”.